

NOTAS CRITICAS

«LA PRINCESA DE BEIRA Y EL VIAJE DE CUSTINE (*)

Considero como un gran honor el de encabezar estas páginas escritas por un joven cuyas actividades literarias son hartamente conocidas para que pretendo yo tomarle de la mano y presentarlo en el escenario.

Estos jóvenes de ahora se presentan ellos mismos y se abren paso por su propio esfuerzo, sin necesidad de que nadie se adelante a vocear su nombre. No esperan a que el público, cómodamente instalado en las butacas, arroje por encima de los reverberos los cucuruchos con trencillas anudadas que eran el regalo de otros tiempos. Pasaron ya aquellos tiempos y aquella hornada de bochinche, para dar lugar a otra generación más familiarizada con las bombas de mano que con los cucuruchos almendrados.

Por eso me considero un poco fuera de tiempo y de lugar para llevar a cabo la misión de prologar este libro que, amablemente me ha encomendado su autor, con quien apenas hallo otra coincidencia que esta afición común a las cosas pasadas y este anhelo vivo de un florecimiento futuro. El recuerdo y la esperanza, dos enteleguías que se unen en la eternidad y que se dan la mano, son a manera de una cinta que va dando vueltas y, como el mundo es redondo, según dicen, llegan a encontrarse. El recuerdo, que echa raíces en el pasado y la esperanza que ha de reverdecer en el futuro.

Cuando los legitimistas franceses, derrotados en 1832, gemían en las cárceles de Nantes, entretenían sus ocios carcelarios bordando zapatillas de color verde y la boina verde era por entonces el distintivo de los arriscados vendeanos. Las damas vestían de traja blanco sembrado de abejas verdes que parecían flores de lis. El color de la esperanza y su nombre mismo, inspiró y encabezó varios periódicos españoles, uno de ellos dirigido por el autor da este libro.

Los que vivimos de recuerdos nos damos la mano con quienes llegan a la vida henchidos de esperanza. Este es el punto de mi coincidencia con Jaime del Burgo.

Oí hablar de Jaime del Burgo durante los azarosos tiempos de la segunda República española que fué, como, la primera, un exponente de todos los rencores y una exaltación de todos los fracasos. Nació condenada a muerte, sujeta a la ley inexorable de la caducidad y a un proceso biológico del que no escapa ni el florecimiento de la cultura, que va redando de arriba abajo

(*) BURGO, Jaime del. La Princesa de Beyra y el viaje de Custine. I. Enrique V y el Legitimismo francés. II. Traducción directa de la segunda edición francesa del Conde Roberto de Custine «Les Bourbons de Goritz et les Bourbons d'Espagne». Prólogo de D. José María Azcona. Pamplona, Edit. Gómez, 1946, 246 p.+ 3 h. (19x13).

y de Oriente a Occidente, a través de las edades y en la sucesión de los siglos.

Recuerdo el asombro con que me oían unos buenos amigos parisinos, en París, admitir la posibilidad de que en la Plaza de la Concordia volviese a salir la hierba y a crecer los árboles y la eventualidad de que habría que hacer excavaciones para desenterrar el obelisco que Napoleón trajo de Egipto, para llevarlo a otro país más adelantado de África o de Oceanía en el que, a tiempo venir, tenga su asiento la cultura. Si ha crecido la hierba sobre Babilonia, ¿por qué no ha de crecer sobre París?

La cultura tiene algo de trashumante. Es un meteoro que recorre el mapa mundi con versatilidad de mariposa. Y lo que sucede con la cultura sucede también con otras manifestaciones de la vida colectiva. No es extraño, pues, que una cosa tan insignificante como la República de 1931, naciera condenada a muerte y comenzara a morir el mismo día de su nacimiento. Hasta quienes se habían ilusionado con la idea de una República bien educada, vieron marchitarse sus ilusiones. Todos fijaron sus miradas en la juventud, donde se guardaba el fuego sagrado y se mantenía vivo el rescoldo que había de brotar en aquella esplendorosa llamarada del 19 de Julio.

Jaime del Burgo formaba en aquella cohorte avanzada, mística y selecta. La mística tiene una virtud selectiva que no puede prender nunca en la muchedumbre. Es lo contrario de las epidemias, que se ceban en la vulgaridad y en la masa.

Las noticias que de su actuación nos llegan a Madrid (¡aquellos rincones de la Elipa y del Gato Negro!), nos traían el aire fresco de los robledales cargado de perfumes que ensanchaban el aliento en nuestros pechos. Que Dios les premie aquel consuelo. Nos parecía escuchar, en la lejanía, los toques de clarín que repetía el eco de la sierra de Urbasa, mientras el Director General de Seguridad hacía registros infructuosos y levantaba los entarimados de Pamplona en busca de pistolas.

Jaime del Burgo había sido ya presidente de la A. E. T., Director del periódico de este mismo nombre, de otro titulado «La Esperanza», y jefe de los requetés pamploneses. Varias veces se sentó en el banquillo de los acusados y estuvo recluido en la prisión. De este modo llegó el 19 de Julio, y entre aquellos muchachos que iban camino de Madrid, pletóricos de optimismo y de lozanía marcial, formaba el capitán Jaime del Burgo, cuyo nombre sonaba en nuestros oídos con eufonía evocadora de lides medievales pamplonesas.

Decía Raurach que la vida, después de guerrear, se anega en un tedio insoportable. Pero Jaime, espíritu selecto, que no conoce el tedio (¿Cuándo anatematizaremos el «me aburro» como una blasfemia?), terminada la guerra con gloria, que pocas veces se hermana con el provecho, siguió la lucha de las letras, no menos enojosa ni menos eficaz que la de las armas. «Una manu teneat gladium, altera tamen calamum». Y, al abandonar la espada, volvió a empuñar la pluma con el mismo ahinco y con igual ventura.

En poco tiempo ha dado a la estampa, aparte de otros trabajos periodísticos, varios libros de la mayor actualidad.

Nada he de decir de estas obras cuya consideración se presta más a la reflexión que a la crítica. Ni siquiera a la reflexión. Más que reflexiones, impresiones, que no necesitan ser sometidas a la función del juicio ni del raciocinio.

Por último, Jaime del Burgo ofrece hoy al público un nuevo trabajo que encaja, como los anteriores, dentro de su trayectoria y sigue el cauce de los ríos eternos, siempre el mismo y siempre nuevo, que a veces, se oculta debajo de la tierra, como el Guadiana, para volver a nacer y salir a flor murmurando la misma canción que aprendió en la fuente y en el arroyo de la montaña.

En este libro vamos aguas arriba y nos acercamos a las fuentes de la tradición.

La primera parte es un estudio sobre el legitimismo francés, encarnado a la sazón en la persona del Duque de Burdeos, Conde de Chambord, a quien llamaron Enrique V.

La segunda es una traducción del libro del Conde Roberto de Custine, el altivo marsellés que acompañó a la princesa de la Beira y al Conde Montemolín en su viaje de Salzburgo a Azcoitia cuando aquella noble señora, cuya memoria ha perpetuado el Conde de Rodezno, vino a España para compartir con Don Carlos las penalidades de la guerra.

En la primera parte vemos desfilar un lucido cortejo de damas encorse-tadas, con zapatillo de galgas y capotas de encaje; y de galanes abotonados y melenudos que no se resignan a la tonsura enciclopédica y añoran la coleta y el cabello empolvado. Es el cortejo de la legitimidad que, a través de un prisma mezquino, parece decadente, si se olvida que el otoño parece siempre decadente y que todo lo histórico es efímero y episódico.

Quienes sentimos simpatías por aquellos tiempos, y vemos en la historia algo más que un atestado de antecedentes penales, leemos con placer estas páginas y presenciamos este desfile que viene con música de pавanas y aire de minués.

Pasan ante nosotros Carlos X, el Duque de Burdeos, Madame de Berry... ¡Qué magníficas estampas para ilustrar un libro romántico! Y nuestros Príncipes proscriptos, con sus títulos evocadores: la Princesa de Bayra, Duquesa de Arquijas; el Conde de Montemolín, Duque de Viana; Don Juan, Marqués de Los Arcos; Don Fernando, Marqués de Salvatierra y el Infante Don Sebastián, Duque de Guernica. Todos ellos quisieron llevarse un recuerdo de nuestra tierra y una flor de nuestros campos para meterla dentro del libro de sus blasones.

Vemos alzarse, en el fondo de este cuadro, las torres de los castillos de Gorizia, de Brunsée y de Salzburgo, residencia y refugio de las legitimidades caídas, lugar de peregrinación a donde dirigían sus pasos el Vizconde de Arlincourt y el Conde de Custine.

El peregrino Vizconde nos describió la magnificencia de aquellos salones y la sencillez y la dignidad de sus moradores.

El Conde Roberto de Custine, otro peregrino de la legitimidad, acudió

a Gorizia para ofrendar el homenaje de su lealtad a Enrique V. Fué también a Salzburgo, residencia de la Princesa de Beyra y allí, nos dice, surgió en la Princesa el deseo de venir a España.

No creo que un acto tan trascendental fuera el resultado de un deseo inopinado, como parece desprenderse del relato de Custine.

La princesa había contraído matrimonio con su cuñado Don Carlos, representado éste por el Marqués de Obando. Su viaje a Navarra, con el fin de reunirse con su real esposo, tenía tal importancia política, que no es creíble que fuera el resultado de un deseo imprevisto. Probablemente el Conde salió ya de Marsella con aquel propósito deliberado de antemano.

Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que la Princesa de Beyra, su hijo el Conde de Montemolín y la señorita Pilar de Arce, su camarera, a través de Suiza y de Francia, llegaron al Pirineo francés en la primavera de 1838, y se alojaron en el castillo de Macaya, donde su señor el vizconde de Belzunce, les dió alojamiento.

Carlos Luis Felipe Enrique, Vizconde de Belzunce, era amigo del Conde de Custine por haber servido con él, como capitán, en la Guardia Real de Carlos X. Tenía poco más de cuarenta años y era un tipo fuerte, moreno. Traía coleta sujeta con una lazadita de seda negra, y casaca galoneada.

Custine ocultó a su amigo el nombre y la condición de las personas que se alojaban en su castillo, porque, de haberlo sabido el vizconde, hombre de armas tomar, exaltado y violento, hubiera sido capaz de enarbolar la bandera blanca en la torre de tu castillo, disparar culebrinas en las barbacanas y tocar el olifante, como Oliveros, apellidando gente hasta reunir 600 aldeanos que dieran escolta a los nietos de San Luis.

El vizconde no supo quiénes habían pido sus huéspedes hasta que éstos no estuvieren a cuatro leguas de distancia, encomendados al brazo secular de Ganish.

Ganisch o Manech es un diminutivo de Juan, tan corriente en la tierra de Labourd, que los suletinos lo aplican a todos los de aquella tierra como equivalente de John Bull o del Jonathan de otros países.

Juan Andorchequi, conocido por Ganich, tuvo el honor de pasar en sus brazos a la princesa, esquivando la persecución de los gendarmes y salvando las dificultades del camino, los torrentes desbordados, los senderos de cabras y los abismos abiertos ante sus plantas.

Ganish tiene su leyenda. El Conde de Rodezno reprodujo la balada que compuso Michel y Dasconaguerre publicó «Les Echos du pas de Roland», traducidos por Manterola con el título de «Un drama en la frontera». De buena gana me extendería en este tema Bibliográfico tan de mi gusto y que encaja tan bien dentro de la competencia de Jaime del Burgo, si no temiera sobrepasar los límites de mi misión de prologuista.

El mismo Dasconaguerre compuso e imprimió otros fascículos destinados a socorrer al pobre Ganish, ya viejo y arruinado, en 1870. Uno de estos fragmentos fué traducido en verso endecasílabo, macizo y difuso, por Antonio García Gutiérrez, el autor de «El Trovador».

He aquí algunos trozos:

*¡Vedlo... es Ganish! Su brilladora frente
fija sin miedo en la sulfúrea llama
del súbito relámpago luciente
y en su profunda fe gozoso exclama:
—¿Sin esta horrible noche, qué sería
de la reina infeliz, cuya existencia
es cual la luz de la existencia mía?
¡Hoy tus rayos, Señor, son de clemencia!*

*El potente cañón, con voz de trueno
amor jura a su bella soberana
y el Rey coloca en su amoroso seno
la flor con que su solio se engalana.*

Como se ve, unos versos escritos en lengua vasca por un notario de Bayona y puestos en castellano por un poeta de Cádiz, no reflejan bien la emoción del momento, el carácter de los personajes ni la decoración de nuestras montañas.

Una carta de Agustín Chaho, el gran mixtificador suletino, nos da a conocer algunos incidentes droláticos que acaecieron en el paso de la frontera, en cuyo paso el propio Chaho y el hijo del Marqués de Lalande sirvieron de escolta a los excelsos personajes en unión de Ganish.

El libro de Custine termina con el relato de la entrada de la Princesa en Elizondo el 17 de octubre de 1838, las fiestas que hubo en Tolosa, la ratificación del matrimonio en Azcoitia y algunas observaciones sobre el Cuartel Real, episodios de la guerra y notas acerca de ciertos extranjeros establecidos en el campo carlista.

No puede negarse que el libro encierra el mayor interés y que lo ha acrecentado Jaime del Burgo con las notas llenas de erudición, que suplen con creces la omisión de unas cartas del Capitán Tanski, que el editor francés añadió como única fuente informativa acerca de los sucesos de España en aquel tiempo. Verdaderamente, ha hecho bien del Burgo en poner coto a las informaciones de Tanski, inútiles para los lectores españoles.

También yo tendré que ponerlo a mi intervención y me daré por satisfecho si, con ella, he conseguido alentar a Jaime del Burgo para que siga cultivando el campo de las letras y de la historia, labor digna de aprecio y de alabanza. Yo tengo la convicción muy arraigada de que lo es, y veo en estas actividades una manifestación de aquéllas que la Providencia ha encomendado a los depositarios del fuego sagrado de la Patria.

Jaime del Burgo tiene ancho y dilatado campo donde laborar y medios y aptitudes con qué hacerlos florecer para regale de sus lectores. Porque son muchos, y entre ellos me cuento, los que se deleitan todavía con historias de princesas, de soldados y de contrabandistas. No ha de ser todo oír tocar el saxofón y anegarse en el mar uniforme de la vulgaridad.

José María AZCONA

CATALOGO DE LA EXPOSICION BIBLIOGRAFICA DEL CONCILIO DE TRENTO... *redactado por D. Pedro Arellano y Sada, Subdirector de la Biblioteca Central de Barcelona (Barcelona 1947) 162 pp. y 6 lám.*

Para conmemorar el IV Centenario del Concilio de Trento, la Biblioteca Central de Barcelona organizó una Exposición Bibliográfica, que llamó poderosamente la atención por la riqueza de las obras, trabajos y artículos que en ella figuraron y por la suma rareza de algunas ediciones. Su promotor y organizador, el navarro D. Pedro Arellano y Sada pensó con muy buen acuerdo que «la parte práctica y más útil, que da carácter de permanencia a las exposiciones, es la redacción del Catálogo». De ahí la idea de dar a la luz este Catálogo, en el que reseña todos y solos los libros y revistas que figuraron en la Exposición. No es una bibliografía exhaustiva del Concilio Tridentino, como lo declara el autor, ni fué eso lo que él se propuso; pero si muy completa, tal vez la más completa de cuantas se han publicado en España, pues contiene nada menos que 745 indicaciones bibliográficas, clasificadas por grupos de materias o temas afines. La descripción de las obras está hecha con la mayor exactitud y esmero, como era de esperar de quien desempeña el alto cargo de Subdirector de la Biblioteca Central de Barcelona. Al final se reproducen algunas de las varias conferencias leídas durante la Exposición. Por todo ello constituye el presente Catálogo un precioso instrumento de trabajo, utilísimo para los tridentinólogos, y una magnífica aportación al Cuarto Centenario del Sínodo de Trento.—J. G. G.

MONASTERIO ALTO DE SAN JUAN DE LA PEÑA

La Institución «Fernando el Católico» de Zaragoza ha editado en folleto de 28 páginas la «Memoria, exposición y acta del Patronato del Monasterio alto de San Juan de la Peña».

Ricardo del Arco, aporta un erudito trabajo en una breve reseña histórico-arqueológica del Monasterio.

Ignacio Claver, expresa la situación en que se encuentra actualmente el monte Pando, donde se halla el Monasterio.

El Sr. Obispo de Jaca, en su ponencia sobre lo que debe de ser el Monasterio de San Juan de la Peña en su aspecto religioso, ofrece el común sentir de restaurar allí una Abadía Benedictina, con las características por las que había de girarse esta Comunidad que tendría a su cargo una Hospedería y Escolanía.

Miguel Sancho Izquierdo, trata del aspecto cultural que permitiría «acrecentar el acervo científico-literario del país».

Son muchos los proyectos destacados en esta Memoria Exposición. Proyectos entre los que destacan el de un Parque de animales selváticos de especies pirenaicas a punto de extinguirse, y también la de un jardín botánico en las praderas de la cumbre y cercano al Monasterio Alto.

Concluye la Memoria, con un avance de presupuesto y coste de la reconstrucción y ayuda que se solicita del Jefe del Estado.

INCUNABLES DE LA «COLECCION MASSO»

Conocido es el esfuerzo de los hermanos Massó. los grandes conservadores de Cangas y Boeu, en reunir en esta última villa, matriz de su ya casi secular industria, colecciones de libros, modelos, cartas, pertrechos y reliquias para el Museo Marítimo que allí, en la ría de Marín, tiene el prestigio de su vecindad a la Escuela Naval Militar.

Hace unos años publicó el catálogo de sus cien mejores libros, y ahora su mecenazgo le ha hecho dar a luz éste de ahora, en que el conocido e infatigable bibliólogo Vindel da a conocer las dos docenas de obras nacidas anteriormente al año 1500, tras del erudito prólogo de don Angel González Palencia, miembro de número de las Reales Academias Españolas y de la Historia.

Algunos nos interesan por el texto, como: Nebrija, *Tabla de la diversidad de los días y de las horas*, Pamplona, 1494; Abraham Aben Ezra. *De Nativitatis*, Venecia, 1485; Regiomontano, *Calendarium*, Venecia, 1485 (que poseemos en el Museo Naval); Albumasar, *Flores Astrologiae*, Venecia, 1488; Ptolomaeus, *Cosmographia*, Roma, 1490.

De otros nos afectan sus curiosas figuras, con puertos y embarcaciones; tales: Articus *De las propiedades de las cosas*, Tolosa, 1494; Ph. de Bérghamo, *Supplementum chronicarum*, Venecia, 1490; Shredel, *Liber Chronicarum*, Nuremberg, 1493, con la célebre estampa de la construcción del arca por Noé, y que con la Crónica de Breydenbach tal vez sea la obra tipográfica más monumental del siglo XV.

La edición consta de 400 ejemplares numerados y no venales.

J. G. T.

(De «Revista General de la Marina»).

OTRAS PUBLICACIONES

- Doussinague, José III*: «Un proceso por envenenamiento. La muerte de Felipe el Hermoso». Madrid, 1947. Espasa-Calpe, 172 páginas.
- Pfandl, Ludwig*: «Carlos II». Traducción del alemán por Manuel F. Galiano. Afrodísio Aguado, Madrid, 1947, 345 páginas.
- Esparza, Eladio*: «Blanca de Navarra (Hija sin padre, esposa sin marido, reina sin trono)». Editora Nacional, Madrid, 1947, 158 páginas.
- Fernández, *Justino*: «Catálogo de exposiciones de arte en 1946. Instituto de Investigaciones Estéticas, Méjico, 1947, 51 páginas.
- Madoz, P. José, S. J.*: «Epistolario de Alvaro de Córdoba (edición crítica). Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1947. 300 páginas.
- Alvar, Manuel*: «Estudios sobre el Octavario de doña Ana Abarca de Bolea». Zaragoza, Archivo de Filología Aragonesa. Serie H, II, Institución Fernando el Católico (C. S. I. C.) 1945, 90 páginas.
- Dotor, Angel*: «Cuatro pintores españoles del Siglo de Oro: Morales, Sánchez Coello. Roelas, Ribalta (Con ilustraciones), Dalmau Carles, Pla S. A., Gerona. 145 páginas.

Palm, Erwin Walter: «Rodrigo de Liendo, arquitecto en la Española. Volumen XXVIII de «Ediciones del Centenario de la República» (dominicana) Ciudad Trujillo, 44 páginas.

ESTUDIOS FRANCISCANOS

En enero de este año se ha publicado el número 271, vol. 49 de esta revista cuatrimestral de ciencias eclesiásticas que publicaban los PP. Capuchinos de España y América. Tan importante publicación databa del año 1807 y tuvo vida floreciente en las esferas de la cultura hasta el año 1936 en el que «la espada marxista, que tantas vidas y empresas segó en toda la extensión del territorio nacional, segó también la suya (la de la revista) no ya en flor, sino en plena sazón de su abundante y continuado fruto», dice en la Presentación. La revista se edita en Barcelona. Este número, de gran categoría intelectual, reanuda, a los once años, la magna empresa con estudios, notas, reseñas y bibliografía hispano franciscana, de los PP. Serafín de Ausejo, Teófilo de Orbiso, Crisóstomo de Pamplona, Buenaventura de Carrocera, Agapito de Sobradillo, Pelayo de Zamayón, Basilio de Rubi, Lázaro de Azpurz y D. Joaquín Carreras Artau.

BOLETIN DE LA REAL SOCIEDAD VASCONGADA DE AMIGOS DEL PAIS

En este número que es el cuaderno 1, año IV, primer número de este año 1948, colaboran Antonio Tovar, Javier de Ybarra, P. Victoriano de Larrañaga, S. J., Ricardo de Apraiz y José Manuel Gandánsegui, aparte de los que hacen las Secciones *Miscelánea*. *Bibliografía y Revista de revistas*, 132 páginas. San Sebastián.